

apresuraron su vuelo, y al espirar el siglo XV, tocaba ya los confines del Océano. Detúvose allí como asombrada al contemplar el obstáculo que se le oponía. Cumplida su misión en España con la ruina de la media luna, encontrábase ya estrecha en las regiones que dominaba. Caminó hasta allí por la tierra, acreciendo sus conquistas palmo á palmo, pero sólo con un grandioso esfuerzo podía salvar el abismo que ahora le atajaba el paso. Dios, que no desdeña el servirse de medios humanos, escogió á un hombre para mensajero de la civilización y de la verdadera fe. Este hombre fué Colón. El surco que dejaba su nave en las olas del Océano, era la huella de la civilización que llevaba consigo: depósito sagrado que condujo fielmente á las playas del Nuevo-Mundo. ¡Cuán grande, cuán sublime aparece así la misión del inmortal descubridor!

Los grandes hombres no son más que ciegos instrumentos de que la Providencia se vale para llevar á cabo sus designios: adoremos, sin embargo, la inspiración divina, donde quiera que alcancemos á descubrirla, y no neguemos el tributo de nuestra admiración y respeto á los hombres privilegiados que fueron dignos de la elección de DIOS.



### D. BARTOLOMÉ COLÓN,

HERMANO MENOR DEL DESCUBRIDOR

D. CRISTOBAL.

**N**ADA se sabe de los primeros años de su vida. Dicése que hacia el año de 1485 hizo algunas navegaciones al cabo de Buena Esperanza; pero la primera noticia positiva que de él se tiene es la del viaje que hizo á Inglaterra para proponer á Enrique VII el plan de los descubrimientos de su hermano, cuando éste vino á España en fin de 1484, á presentar su proyecto y ofrecer sus servicios á los reyes católicos. En la travesía fué apresado por unos corsarios, cuyo acciénte le impidió durante mucho tiempo el presentarse en Inglaterra. Llegado allí se detuvo en la corte estudiando el idioma, y procurando conocerle



carácter y costumbres de aquel pueblo, antes de empezar las negociaciones. Su hermano D. Cristóbal ignoraba entretanto su paradero, y como en siete años no había sabido de él, le creía ya muerto. Cuando vió que en Castilla nadie quería aceptar sus propuestas, trató de ir á buscarle, y escribió al rey de Francia, pensando pasar á Inglaterra si éste tampoco hacía caso de sus ofertas. — Mudadó el aspecto de las cosas salió D. Cristóbal á su primer viaje. Unos dicen que en el entretanto negoció D. Bartolomé con el rey de Inglaterra; pero otros niegan que llegara á ajustarse. Lo cierto es que volviendo á España, le encontró en París la nueva del gran descubrimiento de su hermano. Ansioso de alcanzarle apresuró su marcha; mas cuando llegó á Castilla había partido segunda vez con diez y siete navíos. Trásladóse á Sevilla y allí le dieron una instrucción que D. Cristóbal había dejado para él, Los reyes le encargaron que fuese luego á las Indias con tres navíos á llevar bastimento al almirante: aceptó gustoso la comisión, y con el deseo de abrazar pronto á su hermano, no se detuvo á capitular con los reyes; pero el obispo Fonseca le auxilió con 50,000 maravedís para el viaje. — Llegó al Nuevo-Mundo en Abril de 1494, cuando el almirante andaba en el reconocimiento de

Cuba. Ya veremos en el artículo de aquel cuánto regocijo le causó la llegada de D. Bartolomé, y los útiles servicios que éste le prestó en todas ocasiones; por lo mismo nos escusaremos de repetirlo. El almirante le confirió el título de adelantado, creyéndose con facultades para ello como virrey y gobernador de las Indias; pero el rey D. Fernando, celoso de su autoridad hasta el extremo, no tuvo á bien aquel nombramiento por creer que sólo los reyes podían conceder tan alta dignidad: sin embargo, algunos años después (22 de Julio de 1497) se confirmó este título á D. Bartolomé, por medio de despachos reales, cuya confirmación contribuyó en gran manera á detener los progresos de la facción de Roldán, según veremos en el artículo del almirante. El golpe que derribó á éste alcanzó también á su hermano. D. Bartolomé fué preso por el comendador Bobadilla y puesto con grillos á bordo de la misma carabela que condujo á España al almirante. Llegados á la corte D. Cristóbal se conmovió hasta derramar lágrimas, al verse en presencia de los reyes; pero D. Bartolomé, conservando su entereza, pidió que se le pagase todo lo que había trabajado en Indias, y se le indemnizase de los perjuicios ocasionados por el indigno tratamiento que había sufrido. Así lo man-



daron los reyes; pero D. Bartolomé debió conservar siempre impresa en su memoria la ingratitud de aquellos soberanos, y no puede atribuirse á otra causa la repugnancia que mostró á acompañar á su hermano, en el cuarto y último viaje que éste emprendió á las Indias. — Tocó á D. Bartolomé el peor buque de los cuatro que componían la flotilla; tan malo era, que el almirante quiso entrar á Santo Domingo para cambiarlo por otro. No lo permitió el gobernador Ovando y fué preciso resignarse á continuar la travesía. Sobrevino á los pocos días la borrasca que tenía anunciada el almirante, y en que perecieron Bobadilla, Roldán y otros muchos. D. Bartolomé, con su serenidad y conocimientos náuticos, logró poner á salvo su malísimo navío; en él navegó todo el tiempo de la expedición, porque no había otro marino á cuya habilidad pudiera fiarse. y en él resistió las horribles tormentas que sin cesar afligieron la flota en aquel desastroso viaje.

Vuelto D. Bartolomé á Castilla, parece que estuvo un poco de tiempo en Roma; pero regresó inmediatamente á juntarse con su hermano. Empeñado éste en sus reclamaciones á la corte para que se le cumpliese lo que tan solemnemente se le había prometido, encargó á D. Bartolomé que fuese á Laredo don-

de estaba el rey católico esperando la venida de los príncipes D. Felipe y Da Juana. Halló en ellos muy buena acogida y le dieron grandes esperanzas de despacharle contento y favorecido. En el intermedio murió D. Cristóbal en Valladolid, y D. Bartolomé acompañó á su sobrino el nuevo almirante D. Diego, cuando pasó á la Española. Llamóle á poco el rey, quien según parece no gustaba de verle ocupado en Indias, abrigando recelos de que con su gran corazón llegase á tal engrandecimiento que después fuera imposible sujetarle. Prefirió por lo mismo entretenerle en España; mas para no dejarle descontento le colmó de mercedes dándole la propiedad de la pequeña isla de la Mona entre la Española y Puerto Rico, un repartimiento de doscientos indios, y la superintendencia de las minas que pudieran descubrirse en Cuba, sin interrumpirle por eso la pensión que gozaba por *continuo*. — Pasó otra vez D. Bartolomé á la Española, llevando instrucciones para su sobrino D. Diego: ofrecióle el rey la gobernación de Veragua, pero no quiso aceptarla, acaso por su avanzada edad. Se ignoran las circunstancias de su muerte y aun la época de ella, pero debió ocurrir á fines de 1514, puesto que el 16 de Enero de 1515 se despachó cédula á D. Diego, concediéndole el título de adelan-



tado, vacante por muerte de su tío D. Bartolomé. Fué hombre de cualidades eminentes, que le habrían granjeado un puesto muy distinguido en la historia, á no haberle eclipsado en cierto modo la inmensa nombradía del almirante su hermano. Herrera se atreve á decir que valía tanto como él. Como marino acaso le era igual: como hombre de acción le excedía sin duda. El carácter animoso y resuelto del adelantado, era como el complemento del de su hermano: éste tenía el pensamiento que crea: aquel la fuerza que ejecuta. D. Cristóbal era valiente, pero su valor más bien era pasivo, y se distinguía por su constancia, con la que pudo vencer obstáculos casi insuperables: su hermano, por el contrario, prefería emplear la fuerza. Cuando la sublevación de Porras en Jamaica, el almirante supo dominarse hasta emplear razones templadas para convencer al cabecilla, mientras que el adelantado, empuñando una alabarda corría á colocarse en el puesto más peligroso. En esta ocasión se manifiesta bien la diferencia de carácter entre ambos hermanos. D. Bartolomé era mucho más propio que el almirante para el manejo de los negocios, menos sencillo, menos confiado, más astuto que aquel. Su carácter inflexible y severo le atrajo la odiosidad de los españoles, que no

podían sufrir disciplina alguna, y mucho menos de un extranjero. Con los indígenas fué mucho mas indulgente, aunque se permitió en ellos algunos escarmientos. Su aspecto exterior estaba en armonía con su carácter: alto, robusto y de grandes fuerzas. D. Cristóbal confiaba ciegamente en él, y sabía apreciar sus prendas en cuanto valían. Por eso escribiendo á su hijo Diego le dice: "Diez hermanos no te serían demasiados: nunca yo fallé mayor amigo, á diestro y siniestro que mis hermanos. D. Bartolomé le correspondía por su parte con igual cariño, sin que jamás se turbara la armonía entre los hermanos.—Con un monarca menos suspicaz que D. Fernando, habría hecho el adelantado grandes servicios á la monarquía; pero le persiguieron las viles pasiones de la ingratitude y la envidia, que causaron también la desgracia del almirante. Ningún escritor, que sepamos, había cuidado de recopilar los hechos de D. Bartolomé, aunque bien merecían esta distinción, hasta que ha venido á llenar en parte este vacío el aplicado joven D. Eustaquio Fernández de Navarrete, con una curiosa noticia, publicada en el tomo 16 de la "Colección de Documentos inéditos para la Historia de España" (Madrid, 1850), de la que hemos extractado este artículo.